

A propósito de los últimos temblores en Caracas

Idalberto Águila

Instituto de Desarrollo Experimental de la Construcción.

Facultad de Arquitectura y Urbanismo. Universidad Central de Venezuela

La región centro-norte de Venezuela ha sido objeto recientemente (Abril - Mayo de 2009) de varios sismos de mediana a baja intensidad, los cuales afortunadamente no han dejado daños materiales ni humanos que lamentar, más allá del nerviosismo que genera en la población la ocurrencia de eventos de esta naturaleza.

Mucho se ha especulado sobre las probabilidades futuras de un sismo de mayor magnitud en nuestra región, después de producirse una importante liberación de energía asociada a estos temblores. Algunos se aventuraron a asegurar que en muchos años no volvería a temblar en Caracas y pocos días después volvió a ocurrir y con una intensidad cercana a la anterior.

Si bien es cierto que al producirse el sismo hay una liberación de energía acumulada en la zona de la falla, no se puede asegurar que la liberación haya sido total y que por lo tanto haya quedado inactiva por un tiempo determinado. Por otro lado Venezuela no posee una sola falla, sino un sistema de fallas cualquiera de las cuales podría estar a punto de fracturarse. En una cosa si coinciden la mayoría de los expertos y es que con las actuales tecnologías y conocimientos no estamos en condiciones de prever cuando ocurrirá un sismo, sólo sabemos que en algún momento ocurrirá.

Debemos esperar que la población, pero sobre todo las autoridades competentes no adopten una posición triunfalista y cómoda, descuidando la indispensable y urgente tarea que es disminuir la vulnerabilidad de Caracas y el resto de las ciudades ubicadas en zonas sísmicas. Los eventos recientes nos deben servir de alerta y recordarnos que gran parte de la población de Venezuela vive en zonas de riesgo y que los desastres no avisan. No se puede olvidar que edificaciones escolares, similares a las que colapsaron en Cariaco, se encuentran repartidas por todo el territorio nacional en un número superior a 500 y que en su mayoría se encuentran en zonas de alto riesgo. A la luz de las nuevas normas para edificaciones sismorresistentes, los defectos conceptuales de estas edificaciones escolares, construidas antes de los años ochenta, son evidentes. Tampoco debemos dejar de reconocer que un gran número de viviendas ubicadas en las grandes barriadas de la capital no cumplen con los requisitos mínimos de seguridad estructural para enfrentar un sismo de cierta envergadura y muchas están ubicadas en zonas no aptas para la construcción.

Sin ignorar esfuerzos aislados de algunas instituciones o personas, sensibilizadas con este grave problema, no se observa en los organismos y autoridades responsables de ofrecer soluciones adecuadas un serio trabajo y un avance sostenido en la mejora de las condiciones de seguridad de las edificaciones y ciudades. No se conocen planes de contingencia efectivos para la actuación general en caso de desastre, ni programas de prevención que ayuden a disminuir los riesgos y mitigar posibles daños tanto materiales como humanos. Los escasos intentos de rehabilitación de algunas zonas en riesgo, en su mayoría, no se han materializado por falta de recursos o de políticas coherentes y sostenidas, sumergiéndose en la desidia y provocando la frustración de los promotores y de las comunidades involucradas.

El mundo se encuentra cada vez más sensibilizado con la necesidad de cambiar nuestros hábitos de vida y nuestra actuación para que el planeta, con toda su biodiversidad, se mantenga en el tiempo y no se deteriore producto del daño constante y creciente que nuestras malas costumbres y políticas le ocasionan. Se habla mucho de las ciudades del futuro como “ciudades sostenibles”. Pero ¿cómo puede ser sostenible una ciudad con tan alto grado de vulnerabilidad como Caracas?

Un sismo de importancia como el ocurrido en Caracas en 1967 u otros a lo largo de su historia podría destruir buena parte de la ciudad y provocar un daño ecológico incalculable, no sólo por el elevado número de víctimas que podría tener, sino porque se comportaría como una máquina que en escasos segundos transformaría miles de toneladas de recursos materiales en escombros.

Si queremos salvar el planeta tenemos que, entre otras cosas, proteger nuestras ciudades, porque cuando se habla de sostenibilidad, no sólo se hace referencia a la protección del medio ambiente natural, sino también al construido.